

EL AZAR
Y LA VENGANZA
LENA SVENSSON

• EL QUINTO CASO DE GRETA LINDBERG •



VESTALES

© Editorial Vestales, 2016.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Svensson, Lena
El azar y la venganza, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2016.
512 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-53-0

1. Narrativa. 2. Novela . I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-3863-53-0

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de julio de 2016 en Gráfica LAF SRL,
Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

*Para Karina L. y Rosana S.,
fanáticas de Greta,
compañeras de aventuras
y amigas que llegaron a mi vida
gracias a los libros.*

En la venganza, el más débil es siempre más feroz.

Honoré de Balzac

*Lo que dejamos atrás y lo que tenemos por delante no
son nada comparado con lo que llevamos dentro.*

Ralph Waldo Emerson

CAPÍTULO I

PUDO SENTIR CÓMO LA FRÍA Y AFILADA HOJA DE METAL subía con lentitud por su cuello bañado en sudor. Milímetro a milímetro, se acercaba de manera peligrosa hacia su garganta. Contuvo el aliento cuando la mano temblorosa que sostenía el puñal se detuvo de repente. A pesar del terror que le minaba cada rincón del cuerpo y que le impedía moverse, era consciente de que el más mínimo descuido podría resultar fatal, y que aquel rostro transformado por la furia sería lo último que verían sus ojos. No quería grabarse en la retina aquella terrible imagen.

En vano intentó pensar en cosas bonitas: la respiración pesada de su atacante se lo impedía. No deseaba llorar, porque hacerlo habría significado que empezaba a rendirse y ella tenía muchas cosas por las cuales luchar todavía, solo que no concebía la idea de no volver a ver a los suyos.

El cuchillo retomó el recorrido y se deslizó a través de la blanca piel de su cuello. Tragó saliva cuando sintió que presionaba con más fuerza, lo que le provocó un ardor insoportable justo debajo de la oreja derecha, de donde comenzó a brotarle sangre con rapidez.

—Bajo otras circunstancias, nunca te habría lastimado. ¿Lo sabes, verdad? —preguntó al tiempo que curvaba los labios en una sonrisa entre macabra e infantil. Vio cómo su víctima asentía con la cabeza—. ¿Entiendes también que ya no puedo dejarte ir, que tu vida y la mía terminarán esta noche?

Después de permanecer inmóvil durante un buen rato con los músculos tensos, la parte superior del cuerpo se le había entumecido; aun así, logró echarse hacia atrás y apoyar la cabeza en el asiento del auto. Estaba atrapada, a su completa merced, mientras la sangre se volvía cada vez más abundante. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Juntó el último resto de fuerzas que le quedaban y trató de balbucear un nombre, pero todo empezó a nublarse con rapidez a su alrededor.

Le apartó unos mechones de la roja melena que se habían pegoteado a la herida y la contempló durante un rato mientras la sangre le brotaba del cuello y le manchaba sus propias manos. Se acercó.

—Lo siento, Greta, pero tú y yo sabemos que tenías que morir —le susurró despacio al oído.

* * *

—¡Almendras! ¡Almendras!

Los gritos de *Miss Marple* resonaron por toda la habitación. Greta se cubrió la cabeza con la almohada y maldijo en silencio el momento en que a Mikael se le había ocurrido enseñarle la estrategia más efectiva para pedir su alimento favorito. Se asomó un poco, pero fingió seguir dormida mientras por el rabillo del ojo veía a la lora que se trepaba a la cama para subirse luego encima de la almohada que había dejado vacía el teniente.

La convivencia resultaba mejor de lo esperado. Llevaban juntos casi siete meses y, después de batallar durante las primeras semanas, al fin *Miss Marple* se había rendido a los encantos del hombre de la casa. Claro que Mikael se había valido de alguna que otra treta sucia para ganársela, como por ejemplo, darle almendras a escondidas o evitar regañarla cuando se portaba mal, tarea engorrosa que terminaba por recaer sobre sus hombros.

No pudo fingir más que dormía porque la lora empezó a picotearle la trenza. Arrojó la almohada a los pies de la cama y se volteó; se contemplaron en absoluto silencio durante varios segundos. Greta dejó escapar un suspiro, era imposible estar enojada con ella cuando la miraba de aquella manera. Le acarició la cabeza, gesto al que la lora respondió entornando los párpados. Se incorporó y dejó que se pusiera a jugar con uno de los botones de su camiseta de dormir, y luego sonrió cuando escuchó ruidos que provenían de la cocina. Hacía unos días que Mikael se empeñaba en prepararle el desayuno y llevárselo a la cama.

La temporada estival acababa de empezar y, como cada verano, el pueblo se llenaba de turistas, lo que significaba que por las noches ella terminaba exhausta debido a que el trabajo y las actividades en la librería se multiplicaban. Las cosas en la comisaría estaban relativamente tranquilas y se esperaba de un momento a otro el retorno de Miriam Thulin. Aunque la muchacha ya ostentaba el cargo de sargento, nadie podía asegurar que volvería al pueblo para ponerse de nuevo a disposición del inspector Lindberg. La falta de actividad delictiva le permitía al teniente consentirla casi a diario, y Greta no se quejaba, aunque sí extrañaba tener un misterio entre manos para resolver. Estaba a punto de saltar de la cama cuando divisó a

Mikael de pie en el umbral, que le sonreía mientras sostenía la bandeja en las manos, donde junto al desayuno, que consistía en café recién hecho y magdalenas rellenas de arándanos con trocitos de chocolate, había colocado una rosa roja en un vaso de plástico. Seguramente la había tomado prestada del jarrón que adornaba la sala, pero no le importó, eran detalles como esos los que hacían que despertase cada mañana a su lado con una sonrisa en los labios. No se arrepentía del paso que habían dado a pesar de que en ocasiones tenían sus rabietas, el momento de la reconciliación compensaba cualquier discusión. Lo observó mientras se acercaba, llevaba unos *jeans* y la camisa desabotonada.

—Buenos días, remolona. —Mikael dejó la bandeja encima de la mesita de noche y se inclinó hacia ella para besarla. Se entretuvo con su boca un rato antes de separarse—. ¿Dormiste bien?

Greta estiró los brazos por encima de la cabeza y dio un sonoro bostezo. Luego se apoderó de una de las magdalenas y engulló un buen bocado.

—No debería preguntarme cosas que usted ya sabe, teniente —respondió con una sonrisa divertida.

La noche anterior, ella había llegado muy tarde de la librería porque, para aprovechar la cantidad de gente que pasaba sus vacaciones en el pueblo, quería organizar un club de lectura estival abierto al público en general. Mikael ya se encontraba en la cama y, al creerlo dormido, se había metido en el baño en silencio para no despertarlo. Apenas un par de minutos más tarde, él se había aparecido desnudo por completo y con la clara y atrevida intención de acompañarla. Eran también esos ratos de pasión que compartían en cualquier mo-

mento del día, en cualquier lugar de la casa, los que hacían que la convivencia valiese doblemente la pena.

Mikael se sentó junto a ella en la cama y le robó una magdalena. Sin que Greta lo notara, o al menos eso parecía, pellizcó un pequeño trozo y se lo dio con discreción a *Miss Marple*.

—¿Supiste algo más de la cena de esta noche? —preguntó mientras cubría a la lora con la espalda para que la pelirroja no la viese.

Greta saboreó el café antes de responderle.

—Papá quiere... No —se corrigió—. Exige que seamos puntuales. Nina y él están con la organización de esta reunión desde que Ejnar Kellander se instaló definitivamente en el pueblo.

Mikael asintió. El padre de Niklas Kellander y viejo camarada del padre de Greta había decidido mudarse a Mora tras su retiro de la policía de Estocolmo. Hacía un par de semanas que vivía en el pueblo, aunque durante los últimos meses había ido y venido desde la capital para establecer su propio negocio. Ejnar Kellander, exinspector de policía, se dedicaba al negocio de la hostería y, junto a su novia Vibeke, unos cuantos años menor que él, regenteaban el Paradis, un complejo de cabañas ubicado frente al lago Siljan. Habían inaugurado el lugar al inicio de la temporada y ya contaban con el cupo casi completo. Niklas no había aparecido todavía por el pueblo y, aunque Mikael ya no sentía celos de él, tampoco le agradaba mucho que rondara a la pelirroja.

Miró de refilón a *Miss Marple*. El trozo de magdalena había desaparecido y solo quedaban las migas desperdigadas por las sábanas. Las sacudió para borrar las huellas del delito mientras pensaba en la posibilidad de que Niklas decidiese ha-

cerles una visita. Las palabras que había pronunciado el propio Ejnar un par de días atrás lo dejaron más tranquilo. Según él, su hijo no veía con buenos ojos el noviazgo con Vibeke, quien, además de ser varios años más joven, también tenía una niña pequeña, fruto de una relación anterior.

—¡Mira la hora que es! —exclamó Greta y apartó la bandeja a un lado antes de saltar fuera de la cama—. Lasse no puede abrir la librería hoy porque Hanna tenía cita temprano en el hospital para hacerse una nueva ecografía. —Hurgó dentro del armario y optó por un vestido floreado que, además de ser fresco, le resaltaba la cintura que había recuperado gracias a la dieta y al ejercicio físico. Se lo puso por encima y esperó la aprobación del teniente; cuando él asintió, empezó a desnudarse—. No entiendo esa manía que tienen de querer conocer el sexo del bebé antes de que nazca —manifestó y negó con la cabeza.

—¿Crees que esta vez se dejará ver?

Greta se encogió de hombros.

—Falta menos de un mes para el parto, y Hanna se hace ecografías todo el tiempo. Creo que no le preocupa tanto saber si será niña o niño, lo que de verdad la asusta es que surja algún imprevisto, que no tenga los cinco dedos o le falte alguna parte del cuerpo. El doctor Haugaard le aseguró que todo marcha sobre ruedas, y Lasse casi no se aparta de su lado. Supongo que toda madre primeriza pasa por los mismos miedos.

Mikael no dijo nada. Sospechaba que Greta estaba más asustada que la propia Hanna.

—¿Cómo vas con la organización del club de lectura estival? —preguntó. Sentía que la pelirroja no daba abasto.

A pesar de que el tradicional club de lectura, integrado por mujeres, se había tomado un receso de dos semanas, entre

la inminente llegada al pueblo de Josefina Swartz para brindar un taller de escritura en Némesis y las nuevas secciones de la librería, que incluían un espacio para los lectores más jóvenes, apenas le quedaba tiempo para disfrutar del verano.

—Bien, aunque no es precisamente el club de lectura lo que me tiene inquieta ahora. —Greta revolvió el vestidor hasta que al fin encontró una hebilla con la que recogerse el cabello en una cola de caballo—. Josefina llega en un par de días, y todavía tengo que arreglar lo de su estadía. Ella pretendía hospedarse en el mejor hotel de Mora, pero en esta época del año es imposible. No sé cómo conseguí convencerla de que acepte quedarse en el hostel de la señora Hoffman. Eso sí, me envió por correo electrónico una lista de necesidades que debo cubrir sin excepción. —Greta levantó los brazos, en un evidente gesto de fastidio—. ¡Como si la señora fuese una estrella de rock!

Mikael contuvo la risa. Se acercó y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—¿Almorzamos juntos hoy?

Greta se mordió el labio.

—¿Te conformarías con una pizza? —retrucó.

—Hagamos algo mejor. —Miró de reojo a la lora—. ¿Crees que *Miss Marple* podrá quedarse sola un par de horas?

—Supongo que sí.

—Entonces te paso a buscar por la librería para almorzar en el Korsnäsgråden. Ya mismo voy a reservar una mesa. —Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y marcó el número del restaurante.

—No será fácil conseguir un lugar con tan poco tiempo de anticipación —comentó Greta.

Cuando él cortó, le sonrió.

—No hay nada que el teniente Stevic no pueda conseguir en este pueblo —afirmó con cierto aire de petulancia—. El dueño me debe un favor, y nos reservó una de las mejores mesas.

Mientras se dirigían a la cocina, Mikael le contó que una vez alguien había entrado al restaurante luego de forzar la puerta trasera. El hecho había ocurrido pocas semanas después de su incorporación a la comisaría, cuando ella vivía todavía en Söderhamn. Al parecer no habían sustraído nada, sin embargo, tras una revisión más exhaustiva, Nina y él habían descubierto que el o los intrusos no habían ingresado al Korsnäsgråden para robar, sino para dejar un *regalo* en la despensa. Greta se quedó boquiabierta cuando se enteró de que alguien había defecado en un rincón del lugar. Luego se supo que había sido obra de un empleado resentido que acababa de ser despedido.

* * *

Pernilla Apelgren se acomodó las gafas y miró en dirección a la iglesia mientras se disponía a cruzar la calle. Frunció el ceño cuando vio la trompa del auto de su sobrina estacionado a un costado de la casa que ocupaba el reverendo Erikssen. Los rumores de romance que se habían disparado meses atrás solo habían servido para confirmar lo que ella sospechaba desde la primera vez que Telma le había hablado de Ville Erikssen con ese extraño brillo en la mirada, que no le notaba desde su enamoramiento platónico con el doctor Metzgen. Si bien no había visto con buenos ojos que su única sobrina se hubiera enredado con un hombre que todavía estaba casado, nada más y nada menos que con una asesina múltiple, le

había bastado darse cuenta de lo ilusionada que estaba por volver a enamorarse que no había tenido el valor de oponerse. Eso sí, se había asegurado de que tanto Telma como Erikssen comprendieran que debían formalizar esa relación lo antes posible; no le gustaba estar en boca de todos, mucho menos cuando estaba en juego la reputación de su familia.

Se abanicó el rostro con la última edición de la revista mensual de tejido y saludó con la otra mano a un par de vecinas mientras apresuraba el paso hacia Millåkersgatan. El calor agobiante de aquella mañana de mediados de junio no era el más apropiado para quedarse en la calle para hablar de los últimos acontecimientos, ni siquiera para alardear de la publicación de su primera novela, noticia que ella misma se había encargado de divulgar en el pueblo y en los alrededores. Precisamente iba a la librería para hablar con Greta sobre la presentación de *La redención y la muerte* en Némesis como parte de una de las diversas actividades que la muchacha tenía planeadas para ese verano. Cuando faltaban apenas unos pocos metros para llegar, una camioneta estacionada al otro lado de la calle, junto al hostel de la señora Hoffman, le llamó la atención. Tenía la certeza de que no era la primera vez que rondaba por la zona comercial. Como buena observadora, también se había dado cuenta de que no era alguien del pueblo. Un hombre de unos treinta y pico de años conducía el vehículo; no pudo vislumbrarle bien el rostro, sin embargo, en ese momento en que lo vio sin gafas, la sensación de que ya lo había visto antes en alguna parte se acrecentó. Se acercó a la acera para observarlo mejor, pero en ese preciso instante, como si el extraño hubiera adivinado cuál era su intención, apretó el acelerador y salió disparado hacia Morkarlbyvägen. Siguió con la mirada el recorrido de la camioneta hasta que

desapareció al doblar en una esquina. Asintió con la cabeza mientras volvía a abanicarse, esa vez, con más ímpetu. No había que ser muy sagaz para darse cuenta de que aquel sujeto escurridizo buscaba algo, o a alguien.

Un bocinazo la sacó de sus cavilaciones y casi la hace saltar en el lugar. Cuando se dio media vuelta, vio a Greta que acomodaba unos libros en la vidriera de Némesis. La pelirroja le sonrió a través del cristal. Se preguntó si ella también había alcanzado a ver al sujeto antes de que desapareciera de esa manera tan inesperada; solo tenía que preguntárselo.

Guardó la revista de tejido dentro del bolso y entró en la librería.

—Buenos días, Greta. Es impresionante cómo ha subido la temperatura en apenas un par de horas —exclamó antes de soltar un hondo suspiro.

Para enfatizar sus palabras se sacudió el cuello de la blusa que se le había pegado a la piel a causa del sudor. La joven asintió.

—En la radio anunciaron otra ola de calor para el fin de semana. —Le indicó que la acompañara hacia la mesa de ofertas, ya que, entre el montón de libros que había decidido vender a mitad de precio, había dejado el bloc de notas donde anotaba todos los detalles para que la presentación de la flamante novela de Pernilla Apelgren resultase como ella esperaba—. ¿Se decidió por fin qué día quiere que sea el gran evento? —La anciana guardó silencio, y Greta tuvo la sensación de que le preocupaba otra cosa—. ¿Ha ocurrido algo?

Pernilla miró por enésima vez hacia la calle antes de responderle.

—No lo sé, querida, pero no puedo sacarme a ese hombre de la cabeza —dijo toda preocupada.

Greta frunció el ceño.

—¿Qué hombre? ¿De quién habla?

—Del extraño sujeto que acabo de ver aquí mismo, hace apenas unos minutos, merodeaba por esta calle. ¿No lo has advertido? Es la segunda vez que me cruzo con él. Sé que lo he visto antes, pero no puedo recordar dónde. A mi edad, la memoria empieza a fallar —alegó mientras se daba unos golpecitos en la sien con el dedo índice.

La pelirroja negó con la cabeza.

—No he notado nada raro, Pernilla. El pueblo está lleno de turistas, no es inusual ver gente desconocida por todas partes —manifestó y le dio poca importancia a ese comentario. Hojeó el bloc de notas para buscar el calendario de fechas disponibles que había garabateado y la miró—. ¿Qué le parece el próximo sábado? Los fines de semana es cuando la gente más se acerca a la librería, sobre todo ahora que tenemos la celebración del solsticio de verano encima.

—¿Cuándo llega Josefina Swartz?

Greta sospechaba que la falta de decisión de la anciana tenía que ver con la llegada de la escritora al pueblo, ya que esperaba a que estuviese instalada en Mora para poder invitarla al evento. Ella no había hablado con Josefina sobre la posibilidad de que la acompañase en la presentación de su primera novela, pero veía a Pernilla muy ilusionada y temía que una posible respuesta negativa de la excéntrica escritora de policiales la desanimara.

—Pasado mañana, en el tren de las diez.

—¿Crees que acepte estar conmigo ese día? Ella sabe cuánto la admiro y lo feliz que me haría contar con su presencia.

Greta no se atrevía a echar por tierra sus ilusiones, por eso le sonrió y le prometió que haría lo posible para convencerla de que aceptase la invitación. Conversaron un rato sobre el pequeño refrigerio que se serviría después de la firma de libros y de pronto Pernilla sugirió amenizar el evento con un poco de música de los sesenta, época en la cual había ambientado *La redención y la muerte*. Fue incapaz de decirle que no.

La reunión llegó a su fin cuando Sigvard Thorne, director del museo Anders Zorn y cliente habitual de Némesis, irrumpió en la librería. El hombre, entrado ya en los cincuenta y que tenía por costumbre vestir con trajes siempre a la moda sin importarle las altas temperaturas del verano, inclinó la cabeza a modo de saludo y les dedicó una amplia sonrisa.

Pernilla no pudo evitar sonrojarse ante ese gesto galante. Sigvard Thorne todavía arrancaba suspiros femeninos a pesar de que ninguna mujer había conseguido atraparlo, aunque muchos en el pueblo creían que la relación simbiótica que tenía con su hermana Gotilda había impedido que formara su propia familia.

—Señora Apelgren, Greta, ¿cómo se encuentran esta mañana? —Se acercó y de inmediato les llegó el fuerte olor a perfume importado.

—Trato de soportar el calor mientras ultimo detalles para los próximos eventos que se vienen en la librería —respondió Greta mientras se abanicaba el rostro con el bloc de notas.

—Imagino que ni usted, ni su hermana faltarán a la presentación de mi novela, ¿verdad? —quiso saber Pernilla antes de retirarse.

—Allí estaremos, señora Apelgren. No me lo perdería por nada del mundo.

—Deje el “señora” de lado, Sigvard —le sugirió la anciana al tiempo que le sonreía—. Nos conocemos desde hace más de veinte años, y creo que ya es tiempo de que me llame por mi nombre de pila, ¿no cree usted? Su hermana es amiga de mi sobrina y muchas veces ha estado en casa para tomar el té con ella. A propósito, el otro día me pareció verla salir del Vantage Point con compañía masculina. ¿Sería ella? Tal vez me equivoqué porque no llevaba mis anteojos para ver de lejos.

—Tiene toda la razón, Pernilla —la interrumpió Thorne y enfatizó su nombre mientras le dedicaba una sonrisa más encantadora aún que la otra con la esperanza de que no hablara más de su hermana. Miró de reojo a Greta, como si buscara que lo salvara de la anciana.

Ella se compadeció de inmediato de él. Parecía de verdad incómodo por el rumbo que había tomado la conversación.

—¿Trajo los folletos nuevos? —le preguntó para cambiar de tema.

Ella se dirigió al mostrador, y Thorne la siguió. Para fortuna de ambos —más de él que de Greta—, Pernilla se despidió al alegar que Oscar la esperaba en la casa para jugar una partida de bridge.

—Es una mujer agradable —dijo Thorne para justificar su actitud apenas la anciana abandonó la librería—, pero te juro que esa manía que tiene de meterse en la vida de los demás logra siempre sacarme de quicio.

—A mí me recuerda mucho a uno de mis personajes literarios favoritos y eso hace que sienta afecto por ella, sin embargo, concuerdo con usted, Sigvard. Pernilla vive por y para el chisme y, a esta altura del partido, no va a cambiar. Lo

único que nos resta es acostumbrarnos a lidiar con su lengua afilada.

—Supongo que te refieres a *Miss Marple* —comentó el hombre y dejó asomar una sonrisa.

Greta asintió. No era un secreto para nadie que la anciana era su debilidad, mucho menos para alguien como Sigvard Thorne, cliente asiduo de la librería y amante también de la novela policial. Recordó la vez en la que le había contado que durante su adolescencia, que había transcurrido en el Norte, él y su hermana competían para ver quién de los dos podía leer más libros en una semana. Gotilda prefería las historias románticas y devoraba los clásicos de Jane Austen o de las hermanas Brontë mientras que él hacía lo mismo, pero con Raymond Chandler, Conan Doyle o Chesterton.

Mientras lo escuchaba relatar aquellas anécdotas con tanta nostalgia, Greta no pudo evitar sentir la falta de una hermana con la que compartir sus mismos gustos. Pensó en Vanja. Hacía más de un mes que no se veían y, si bien hablaban por teléfono casi a diario, tenía que reconocer que la extrañaba. Habían pasado juntas la última Navidad en casa de su padre y, tras quedarse un par de días en Mora, la preocupación por su madre la había obligado a regresar a su ciudad antes de lo previsto. Poco después, empujada por la necesidad de conocer más de la vida de su hermana, había convencido a Mikael de que la acompañase hasta Sandviken. Pasaron una semana allí y se hospedaron en un hotel que estaba ubicado en la misma calle donde Vanja tenía su agencia de detectives. Conocieron a Isobel, quien a pesar de padecer ya los primeros síntomas de su enfermedad, resultó ser una mujer encantadora. Durante la estadía allí, ella incluso había ayudado a su hermana a resolver uno de sus casos. Le había costado regre-

sar a Mora y, aunque seguía en contacto con ella, extrañaba su compañía y el increíble sentido del humor que tenía. Decidió que apenas Thorne se fuese de la librería, se pondría en contacto con ella para saber cómo estaba.

Contempló los folletos ilustrativos que el hombre había dispuesto encima del mostrador. Los había mandado a imprimir especialmente para promocionar la primera exposición de los famosos caballitos de madera de Dalecarlia que estaba a punto de inaugurarse en el Anders Zorn. El evento, uno de los más importantes desde que Thorne estaba a cargo de la dirección del museo, llevaba el título de “Caballos de Dalecarlia. De un caballo de madera de Mora a un símbolo nacional de Suecia” y estaría abierta al público hasta el mes de agosto. Se expondrían piezas muy antiguas todavía sin pintar y otras más modernas, que formaban parte de varias colecciones privadas. Durante la exposición no solo se esperaba la presencia de ilustres personalidades políticas de la región, sino también de representantes de diversos movimientos culturales que aprovechaban eventos como ese para fomentar el arte local. Ella colaboraba desde la librería con la entrega de folletos a los clientes.

—Greta, ¿no podrías colocar algunos en el escaparate para que estén a la vista de todos? Se acerca el día de la inauguración y cualquier publicidad extra es bien recibida.

—Haré algo mejor que eso, Sigvard. Expondré los folletos en la cartelera de novedades —le sugirió—, así podrán ser vistos tanto por los clientes que entren a Némesis como por la gente que pase por la calle.

Thorne aplaudió la idea y sonrió complacido, luego le devolvió el favor al regalarle un par de entradas para la exposición. Greta le dijo que no sabía si podría asistir el día de la

inauguración, sin embargo, le aseguró que no se perdería el evento por nada del mundo. Si Mikael no deseaba acompañarla, ya que las visitas a los museos le parecían aburridas, invitaría a alguien más.

Después de que Thorne se marchó, entraron un par de turistas a la librería que buscaban las últimas novedades policiales. Tuvo que cerrar quince minutos más tarde de lo habitual. Lasse no había regresado todavía del Lassarets, y bastaba con que su primo no apareciera por Némesis para darse cuenta de lo mucho que lo necesitaba. Dio vuelta el cartel de la puerta y observó el reloj; apenas tenía tiempo para ir hasta la casa, darse un baño y cambiarse de ropa antes de que Mikael pasara a buscarla. Tendría que posponer la charla con Vanja para más tarde.

Estaba a punto de salir cuando sonó el teléfono. Corrió hasta el mostrador y levantó el tubo.

—Librería Némesis, soy Greta. ¿En qué puedo ayudarlo? —Nadie respondió. Esperó unos segundos antes de volver a preguntar quién llamaba—. Hola, ¿me escucha?

Había alguien y respiraba con pesadez, como si tuviese la boca pegada al teléfono. ¿Por qué demonios no le contestaba?, se preguntó.

—Oiga, si no va a decir nada, voy a cortar —le advirtió.

En ese momento se escuchó un clic. Colgó y contempló el aparato durante unos cuantos segundos. ¿Quién llamaba por teléfono solo para quedarse callado? ¿Acaso habían marcado mal el número?, se preguntó. Era una opción que no la convencía del todo. Lo más razonable, pensó, era que cualquier persona que llamase a un número equivocado preguntase quién estaba al otro de la línea.

Abandonó la librería mientras pensaba en el extraño suceso. No tenía tiempo para desentrañar aquel pequeño misterio.